



EL CONFLICTO EN LA IGLESIA

Jon Sobrino

1. Conflicto externo e interno.

El conflicto fundamental y necesario para la Iglesia es el conflicto **externo** con el mundo de pecado que le sobreviene a la Iglesia cuando es fiel al evangelio. Así ocurrió desde los orígenes, y el conflicto pronto se tradujo en enfrentamiento y persecución. El NT reconoció la realidad y necesidad de tales conflictos y persecuciones (1 Tes. 3, 2-4) y teologizó su necesidad a partir del destino de Jesús (Mt. 10, 24s; Jn. 15, 18.20) y de los profetas (Mt. 5, 11s). El presupuesto teológico de este conflicto es que el evangelio es buena noticia, pero es también espada de dos filos (Hebr. 4, 12), signo de contradicción (Lc. 2, 34), alternativa excluyente entre el verdaderos Dios y los ídolos (Mt. 6, 24).

Nos concentramos ahora sin embargo en el conflicto **dentro** de la Iglesia desde el punto de vista de la unidad de la Iglesia. Conflicto es entonces aquello que en un momento hace peligrar o desaparecer la unidad eclesial. Visto desde la unidad, el conflicto supone una limitación e incluso un mal para la Iglesia. Pero puede ser también un bien si el conflicto es la forma histórica, desagradable pero necesaria, para conseguir una mejor unidad eclesial, basada en una mayor verdad y una mayor santidad. Des-

de este segundo punto de vista, el presupuesto básico del conflicto intraeclesial sigue siendo el mismo que el del conflicto extraeclesial: el evangelio que divide también a la Iglesia.

Históricamente es evidente que siempre ha habido conflictos al interior de la Iglesia, y ya desde sus orígenes, debido a múltiples causas. Ya en tiempo de Jesús se suscitaron conflictos entre éste y sus discípulos (Mc. 8, 31ss) y entre los discípulos entre sí (Lc. 22, 24-27). En la Iglesia primitiva existieron conflictos entre los cristianos provenientes del judaísmo helenista y el judaísmo autóctono (Hech 6, 1), entre Pedro y los judeo-cristianos (Hech 11, 1s), entre Pablo y los cristianos de Corinto (1 y 2 Cor.), entre Pedro y Pablo (Gal. 2, 11), por citar sólo algunos ejemplos.

A lo largo de la historia, incluso cuando en lo sustancial ya se había constituido la norma eclesial, han existido conflictos y enfrentamientos dentro de la Iglesia, que han terminado a veces con la separación de la comunidad eclesial (cisma, herejía), pero que con frecuencia han persistido dentro de la misma Iglesia. En la actualidad, sobre todo después del Vaticano II, han surgido varios conflictos o han aflorado los que han estado latentes. Existen tensiones eclesiales, enfrentamientos, protestas reivindicativas, denuncias proféticas; en América Latina se habla de magisterios paralelos, iglesia popular opuesta a la Iglesia oficial (sin detenernos ahora a analizar la realidad de tales afirmaciones). Esas tensiones suelen enfrentar a veces diversos estamentos eclesiales, pero -y quizás esto sea lo más típico del conflicto actual- recorren transversalmente los diversos estamentos eclesiales: obispos, sacerdotes, religiosos, laicos.

Dado el hecho del conflicto, su valoración global suele ser también diferente; lo cual a su vez es causa de conflicto. Para unos el conflicto es sustancialmente un mal, cuya última raíz está en el pecado, según el antiguo adagio "ubi peccatum, ibi multitudo" (donde hay pecado hay división). Para otros el conflicto puede provenir de una mayor fidelidad al evangelio y se recuerda cuán frecuentemente los santos han puesto a la Iglesia en situación de conflicto. De ordinario sólo la historia posterior suele mostrar si un determinado conflicto ha sido positivo o negativo para la Iglesia y su unidad, aunque en su origen existan elementos de pecado o de santidad o una mezcla de ambos.

2. La diversidad dentro de la Iglesia como condición del conflicto.

La diversidad dentro de la Iglesia, como en cualquier otra sociedad de hombres, posibilita la complementación y el enriquecimiento de la Iglesia, pero también el conflicto y la división. Analizaremos ahora la diversidad dentro de la Iglesia, pero no sólo como diversidad fáctica, sino como diversidad asumida y querida por la Iglesia, sin la cual dejaría de serlo.

2.1. La decisión de la Iglesia primitiva de ir a los gentiles supuso una decisión fundamental de ser una Iglesia **universal** sin poner ningún tipo de límites a esa universalidad. Con ello estaba confesando in actu la paternidad universal de Dios y el señorío universal de Cristo. Pero con ello introdujo también, geográfica e históricamente, una gran diversidad en la Iglesia: diversidad de pueblos, razas, culturas, clases sociales. Con ello aceptó también la posibilidad de que la Iglesia fuese adoptando formas históricas -no teológicas- diversas: Iglesia de varones y de mujeres, de célibes y de casados, de pobres y de ricos, de los centros de poder y de la periferia.

La decisión de la Iglesia de estructurarse **de forma orgánica y jerarquizada** introdujo también la diversidad de funciones y carismas y la diversidad de la jerarquía y los fieles, de la Iglesia docens (que enseña) y la Iglesia discens (que aprende).

Junto a estas diversidades queridas por la Iglesia existe otra diversidad que le es exigida por el mismo Dios: **la diferencia entre Dios y la Iglesia**. Entre Iglesia y palabra de Dios persiste una diversidad nunca eliminable del todo, lo cual la misma Iglesia ha recogido en su autocomprensión al confesar que ella es depositaria y servidora de la palabra de Dios, pero no su dueña.

Dios es mayor que la Iglesia en su totalidad y que cada uno de sus miembros y cada uno de sus estamentos. Su voluntad puede hacerse presente en los signos de los tiempos y a través de sus profetas, dentro o fuera de la Iglesia, y, dentro de ella, en cualquier lugar. Con esto se da la posibilidad de diversidad en los lugares teologales.

La valiente aceptación de la Iglesia de ser realmente una Iglesia universal, cultural, social y teológicamente, el enfático rechazo a convertirse en secta cerrada y selectiva, es también

la condición de posibilidad eclesial del conflicto.

2.2. La diversidad está dentro de la Iglesia, es querida por ella y le es exigida; sin ella la misma Iglesia desaparecería, aunque persista siempre la tentación al uniformismo. Esa diversidad es la que capacita el enriquecimiento de la Iglesia; pero históricamente también el conflicto y la desunión, debido a otra decisión fundamental de la Iglesia -obvia, pero que debe ser repetida- de admitir en su seno a creaturas, estructuralmente limitadas pero abiertas al más, capaces de pecado y también de santidad.

En cuanto limitados, no es fácil para los miembros y estamentos de la Iglesia compaginar las diversidades; en cuanto pecadores, tienen siempre la tentación de absolutizar su propia diversidad o, más grave aún, buscar la propia identidad en oposición a la identidad de otros. Pero también en cuanto creaturas, los miembros y estamentos de la Iglesia pueden sentir la necesidad de mantener su diversidad por responsabilidad ante su conciencia y ante Dios; y en cuanto santos, deben mantener esa diversidad para que se cumpla la voluntad de Dios y crezca de esa forma la Iglesia.

Dada la diversidad en los miembros y estamentos de la Iglesia, es comprensible que el conflicto exista en la Iglesia. Y dada la forma diversa, pecaminosa o santa, de realizar esa diversidad el conflicto puede ser expresión de un mal o de un bien, por difícil que sea a veces separar con claridad los dos elementos, y por doloroso que sea el conflicto en cualquier caso.

3. La raíz actual del conflicto y sus manifestaciones.

Las raíces subjetivas del conflicto han estado siempre presente y lo siguen estando, se las debe tener en cuenta, por lo tanto, al analizar el actual conflicto. Pero en la actualidad la raíz fundamental del conflicto está en la novedosa voluntad de Dios para la Iglesia, expresada en el Vaticano y Medellín.

3.1 El Vaticano II y Medellín representan una novedad epocal, sólo comparable según K. Rahner a la decisión de la Iglesia de ir a los gentiles. Esa novedad en sí misma, aun antes de analizar sus contenidos concretos, supone un quiebre histórico de tal envergadura que es comprensible la diversidad de reacciones: rechazo craso o sutil, aceptación entusiasta, y en cualquier caso la diversidad de ritmos en su comprensión e implementación.

El Vaticano II y Medellín desean sin duda la unidad de la Iglesia. Pero su tratamiento de la Iglesia versa sobre realidades fundamentales anteriores a la unidad y a partir de las cuales haya que construir ésta. Es comprensible, por lo tanto, que esa novedad haya causado serios conflictos -de lo cual nos ocupamos ahora y no de los inmensos beneficios para la Iglesia-, debido a sus declaraciones sobre la misión de la Iglesia hacia el mundo y su constitución interna como pueblo de Dios.

a) La identidad de la Iglesia es comprendida a partir de su misión; y ésta, a su vez, como servicio salvífico al mundo, concretizado cada vez más como servicio preferencial a los pobres. Se da aquí por lo tanto una revolución copernicana: la Iglesia está para servir y no para ser servida; para anunciar e iniciar el reino de Dios, sin ser ella adecuadamente ese reino; para presentizar el amor de Dios, pero teniéndolo también que buscarlo, y a veces fuera de los límites de la Iglesia. Esa novedad es difícil de integrar en la totalidad de la Iglesia -K. Rahner comentó que tardará un siglo-, no sólo por la dificultad teórica y la aceptación del no saber, después de siglos de saberlo prácticamente todo, sino por la conversión que exige. Se trata en el fondo de que también la Iglesia acepte para sí misma que el modo de recobrar su propia vida es entregándola. Esta novedad es sin duda causa de graves conflictos internos, según unos y otros estén dispuestos a esa conversión.

Pero además, la implementación de la misión de la Iglesia le lleva a la encarnación en el mundo real en el que se da el mayor conflicto y la mayor división: la pobreza y la opresión, la vida y la muerte de los hombres, realidades excluyentes e irreconciliables que claman por una solución. Si la Iglesia reaccionase con una única postura ante ese mundo no habría problema formal de división eclesial, aunque habría que preguntarse naturalmente si su reacción unitaria es la correcta. Lo que ocurre sin embargo es que al ir la Iglesia a un mundo dividido, ese mundo se introduce en la Iglesia y la divide. Es un hecho que, a pesar de que las directrices universales de la Iglesia ofrecen una perspectiva coherente de qué hacer y cómo encarnarse en el mundo, los diversos miembros de la Iglesia, fieles, sacerdotes y obispos, reaccionan diversa y aun contrariamente ante el pecado del mundo, exigen unos un pluralismo tal que en la práctica no alcanza los mínimos exigidos por la gravedad de la situación y la opción por los pobres, se desentienden otros

de ese mundo abandonándolo a su miseria. Aquí está sin duda la mayor fuente de conflictos intraeclesiales: en la actitud de la Iglesia ante un mundo dividido. Y ese conflicto no puede desaparecer fácilmente, porque su raíz, -la opción por los pobres- es querida por Dios. Dios quiere -y así lo repiten los documentos de la Iglesia- que la Iglesia se encarne en el mundo de pecado y en ese mundo haga su opción.

Cuando la Iglesia por último sirve al mundo haciendo una real opción por los pobres, entonces entra en conflicto con los poderes de este mundo; la Iglesia sufre la persecución y el martirio. Este hecho causa a su vez un nuevo conflicto entre quienes ven en la persecución y el martirio una verificación de la verdadera Iglesia o, en cualquier caso, algo que no se debe rehuir por fidelidad a la misión, y entre quienes sutil o burdamente desaconsejan los riesgos de la persecución o porque ven en ésta un debilitamiento de las estructuras de la Iglesia, necesarias para una acción eclesial más eficaz en el futuro según se dice, o por el comprensible miedo que causa la persecución y el martirio, aunque no se confiese. Aparecen entonces las discusiones sobre la participación de los sacerdotes en la política, la determinación de quién es verdaderamente mártir, el peligro de las ideologías etc, problemas todos que exigen ciertamente un tratamiento teológico y eclesial, pero que no pocas veces expresan más el miedo a la persecución que la generosidad en el servicio de la Iglesia.

Mientras éste sea el conflicto del mundo y sea ése el mundo al que debe servir la Iglesia, el conflicto dentro de la Iglesia será siempre una posibilidad real. Es el mismo Dios el que le plantea a la Iglesia una misión que sólo puede realizarse en un contexto conflictivo y excluyente y dentro del cual la Iglesia debe hacer una opción: el servicio al Dios de la vida en contra de los ídolos de la muerte. El pecado será entonces la causa última del conflicto, pero no sólo ya por la pecaminosidad subjetiva de los miembros de la Iglesia que les mueve a defender e imponer sus puntos de vista, sino por la pecaminosidad objetiva mucho más fundamental de un mundo de pecado que se introduce en la Iglesia.

b) La comunidad Iglesia es comprendida fundamentalmente como pueblo de Dios, con lo cual al interior de la Iglesia se da preferencia a la totalidad sobre sus partes (sin mencionar ahora

la preferencia teologal que debe darse a los pobres en la Iglesia). Esto ha supuesto un cambio teórico en la comprensión de las relaciones de los miembros de la Iglesia a su interior. En la práctica ha originado un ambiente eclesial en que se ha revalorizado la necesaria complementaridad de los carismas y funciones, la búsqueda conjunta de la voluntad de Dios, la fe de todo el pueblo "desde el obispo hasta los últimos fieles seglares" (L.G. n.12), el diálogo, la comunión y la participación como modo de trato fraternal y de resolver las tensiones, la validez y necesidad de la opinión pública en la Iglesia etc.

Todo ello ha creado un nuevo ambiente eclesial, pero también serias dificultades. En esta concepción eclesial el garante último de su dirección y unidad es el Espíritu, aunque la jerarquía tenga funciones de dirección y de unidad. Acostumbrarse a ese estilo eclesial más pneumatológico no es fácil, pues significa la pérdida de cierta seguridad, el no sobrevalorar antiguos mecanismos eclesiales que la proporcionaban; significa la aceptación de cierto no-saber en presencia del Espíritu y la más radical necesidad de la fe en el sorprendente Espíritu de Dios; significa acostumbrarse a la verdadera libertad del Espíritu, que prohíbe tanto el autoritarismo y uniformismo como una concepción liberal de la libertad, significa reconocer honradamente que la superioridad que históricamente se ha dado a unos sobre otros en la Iglesia (a la jerarquía sobre los fieles, a los célibes sobre los casados, a los varones sobre las mujeres, a las Iglesias del centro sobre las de la periferia etc.) no es fruto del Espíritu, sino de determinados condicionamientos sociológicos y también del pecado.

En este nuevo ambiente eclesial el mismo enfoque del conflicto eclesial y el modo de resolverlo causa nuevos conflictos internos. Para unos, todo conflicto es peligroso y malo porque va en detrimento del prestigio y eficacia de la Iglesia; para otros, es expresión de la sinceridad del diálogo y una de las formas, históricamente necesaria, de que avance la Iglesia. Unos, sobre todo cuando los conflictos duran largos años, favorecen fuertes medidas administrativas para zanjarlo; otros siguen favoreciendo el paciente diálogo. Unos presuponen que la solución al conflicto es fácil en principio, pues en la Iglesia existe un solo Dios, un solo Señor, un solo Espíritu; otros ven precisamente en ello la mayor dificultad, pues aunque la confesión verbal de la fe y, en menor medida, la comprensión de esas

fórmulas pueda realizarse de forma unitaria con relativa facilidad, sólo con gran dificultad se alcanza la unidad en la realidad de la fe. La unidad **en Dios, en Cristo y en el Espíritu** es aquello por lo que hay que trabajar y a lo que se llegará al final; pero no el punto de partida real de la unidad.

3.2. En la actualidad la toma de postura ante el Vaticano II y Medellín y, más en concreto, la toma de postura eclesial ante los nuevos problemas del mundo y de la Iglesia de acuerdo o no al espíritu de ambos, sigue siendo la raíz fundamental del conflicto eclesial, aunque éste se muestre en conflictos plurales concretos y vaya acompañado de la limitación y pecaminosidad humanas.

Algunos, aunque sean pocos los que lo afirmen explícitamente, han mostrado rechazo ante el Vaticano II y Medellín y los han responsabilizado prácticamente de degeneración eclesial. Otros han exagerado el énfasis en su novedad, han extrapolado su espíritu para intereses personales, han enfatizado con razón la necesaria historización de la fe y de la Iglesia, pero sin ponderar suficientemente los aspectos transcendentales y tradicionales.

Estas exageraciones de un lado y de otro sin duda causan conflicto, y se deben a los fallos personales. Pero lo más conflictivo está en mantener honradamente la novedad fundamental del Vaticano II y Medellín o en un proceso de involución en que ambos sufran la muerte de mil cualificaciones.

Signos de involución al nivel de la relación de la Iglesia con el mundo serían: a) el que la Iglesia se redujera a juzgar desde fuera el pecado del mundo, de unos y otros, sin reconocer su propio aporte histórico a ese pecado; b) el que la Iglesia dejase de encarnarse en el mundo real, aunque apelase para ello a más altas misiones espirituales o a que esa encarnación pondría en peligro a la misma Iglesia institución y la privaría de poder ejercer un mejor y más duradero servicio al mundo; c) el que la Iglesia rehuyera la eficaz opción por los pobres, la parcialidad, la misión salvadora y los riesgos que ello conlleva, aunque apelase a la voluntad salvífica universal de Dios y a una liberación que debe ser ciertamente integral y no reduccionista; d) el que la Iglesia decidiese de antemano qué situaciones y qué sociedades son más aptas para su misión y ofrecen un lugar más connatural para la Iglesia, si opta por ejemplo, por la llamada

sociedad occidental; e) en suma, el que la Iglesia dejase de ser por esencia servidora del mundo e intentase regresar al pasado. Signos de involución al nivel de la realidad interna de la Iglesia serían: a) el regreso a una concepción piramidal de Iglesia que, teniendo en cuenta la legítima estructura jerárquica, ignorase eficazmente la realidad aún más fundamental de ser pueblo de Dios con el peligro de absolutismo jerárquico; b) el ignorar o relativizar la especificidad de grupos eclesiales y de iglesias locales, sus aportes específicos no sólo culturales sino al nivel de la fe, la esperanza, la caridad, al nivel de creatividad pastoral, litúrgica y teológica; c) el abandonar el principio de la solidaridad eclesial, de llevarse mutuamente, de dar y recibir, de enseñar y aprender unos de otros, entre las diversas Iglesias y entre los diversos estamentos de la Iglesia; d) el abandono o minusvaloración del diálogo para buscar conjuntamente la verdad, esclarecer situaciones ambiguas o interpretaciones en pugna; e) la creación de un clima de desconfianza en el que incluso el hecho de plantear los problemas eclesiales con honradez conllevara sospecha o persecución.

Es sin duda difícil determinar con toda exactitud cuándo se ha procedido según el Espíritu del Vaticano II y Medellín, y de ahí la necesidad de discernimiento, de evaluación periódica, incluso de casuística. Pero no es difícil observar las grandes líneas de actuación, unas que buscan la fidelidad y otras la involución. En esa tensión creemos que está estructuralmente la más aguda raíz del conflicto eclesial.

4. Espiritualidad del conflicto.

Entendemos por espiritualidad del conflicto el vivirlo con espíritu cristiano, más en concreto, el fomentar aquellas actitudes que son exigidas en general por la fe, pero que aparecen como más evidentemente necesarias por la realidad concreta del conflicto.

a) Como el conflicto es una realidad dentro de la Iglesia, la primera exigencia cristiana es encarnarse en él. Esto supone la honradez fundamental de reconocerlo y no suavizarlo, de reconocer y recordar que la Iglesia es a la vez santa y pecadora, "la casta meretriz"; y, por otra parte, la fortaleza para encarnarse en lo que de desagradable, doloroso y, a veces, injusto tiene esa situación.

Esa encarnación concreta puede generar, y en cualquier caso exige, importantes actitudes cristianas. Exige el amor a la verdad, que puede llevar a tener que "obedecer a Dios antes que a los hombres"; la fe sólo en Dios, cuyo Espíritu dirige en último término a la Iglesia, sin que los hombres de la Iglesia podamos sintetizar y resolver adecuadamente los conflictos; la esperanza utópica en la unidad de la Iglesia, la cual, aunque no sea plenamente posible en la historia, mueve a trabajar por el incremento de la unidad.

b) El conflicto, aunque inevitable, debiera ser resuelto. Esto supone una espiritualidad que busca en primer lugar el planteamiento correcto de las raíces del conflicto, es decir, que busca la verdad más que la defensa de la propia verdad; y que presupone que la unidad de la Iglesia se basa en la verdad más que en medidas administrativas. En cuanto a los modos de afrontar el conflicto para solucionarlo, supone una espiritualidad del diálogo honrado, abierto a las razones de la otra parte y creyendo que puede haber verdad en esas razones; se opone, por lo tanto, al uso del puro poder, bien sea el poder de la autoridad, el poder de la presión social o incluso sólo el poder de la razón -cuando ésta es usada más como presión que como modo de convencer- como modo último de solucionar conflictos. Esta espiritualidad supone por último la santidad como último y más definitivo medio de que se imponga la verdad dentro de la Iglesia, aunque -como lo demuestra la historia de muchos santos- tarde años en llegar.

El conflicto, además de intentar ser resuelto, debe ser fructífero. Eso exige una espiritualidad de creatividad que intenta siempre hacer complementario y enriquecedor lo que en un primer momento aparece como opuesto; que intenta hacer fructíferas las tensiones estructurales al interior de la Iglesia, sobre todo la de institución y carisma, compaginando eficacia y verdad, para que la eficacia se base cada vez más en la verdad y la verdad cobre cada vez más cuerpo y sea así más eficaz.

c) El conflicto por su naturaleza lleva a ver la limitación y el pecado en el otro. Una espiritualidad del conflicto supone, sin embargo, que uno mismo se examine de su propia limitación y pecado y el conflicto se convierta, así en ocasión para la propia conversión. De esta forma además existirá una garantía

de que en el conflicto no se busca la propia verdad, sino la verdad; y el ejemplo de la propia humildad puede ayudar también al mismo proceso de conversión en el otro.

A esta genuina humildad corresponde también el dejar que la historia posterior vaya mostrando en qué lado ha estado la mayor verdad; la disposición, por lo tanto, a dejarse verificar por los hechos, a cambiar si es necesario; en cualquier caso a no mantener dogmatistamente lo que en un momento creyó, incluso con buena voluntad, que era la verdad.

Los criterios de verificación los proporciona en último término el mismo Espíritu de Dios en la actualidad. Pero pueden ser descritos desde el evangelio: el anuncio de la buena noticia a los pobres, asumir su defensa y su destino. De esta forma la Iglesia se va pareciendo "más" a Jesús en su vida y en su muerte, va obteniendo más credibilidad ante los pobres y los preferidos de Dios y va creciendo en santidad, cuya última verificación es la persecución y el martirio por amor.

d) El conflicto, por último, como toda realidad creada remite a la pregunta por el amor. Sería una redundancia hablar de una espiritualidad del amor, pero es útil hablar de una espiritualidad del amor conflictuado. Dentro y fuera del conflicto el miembro de la Iglesia debe tener un gran amor a Dios y a Jesús, a los pobres y al reino de Dios. Por ese amor evangélico el cristiano debe estar dispuesto al conflicto y no puede renunciar a aquél a pesar de que genere conflictos.

Pero el conflicto por su misma naturaleza lleva a la pregunta por el amor al adversario e incluso al enemigo. Ese amor no significa no hacerle frente, pero prohíbe la absolutización del otro como enemigo, cerrarle absolutamente todo futuro. Remite por último al amor a la Iglesia, precisamente cuando en ella existen los pecados y escándalos que causan conflicto. Un amor conflictuado a la Iglesia está lejos de todo romanticismo y triunfalismo, pero debe existir, aun con grandes tensiones. Por amor a la Iglesia habrá que denunciar sus fallos cuando son graves y escandalosos. Podrán llegar momentos en que habrá que decir con Guillermo de Auvernia, obispo de París, "¿quién no llamará a esta horrible imagen más bien Babilonia y desierto que ciudad de Dios?". Pero por amor también, y con gozo, habrá que alegrarse de cuando ha hecho presente el evangelio de Jesús, en los grandes santos conocidos y en los innumerables

desconocidos, en momentos privilegiados y heroicos y en la cotidianidad de la caridad. En cualquier caso es en la Iglesia donde se sigue anunciando el evangelio de Jesús; así nos ha llegado a nosotros como evangelio. Y es también en la Iglesia, en medio y a pesar de tantas deficiencias y pecados, donde cada uno vive su fe apoyándose en la fe de otros. Por ello debe haber un agradecimiento fundamental a la Iglesia, el cual -aunque el amor no se nutre de razones- puede ser la razón fundamental para amarla. Por ello no son palabras rutinarias afirmar que los conflictos dentro de la Iglesia pueden provenir del amor a la Iglesia y que esos conflictos se pueden y deben vivir con amor.



En consecuencia, rodeados como estamos por tal nube de testigos de la fe, sacudámonos todo lastre y el pecado que se nos pega. Corramos con constancia en la competición que se nos presenta, fijos los ojos en el pionero y consumidor de la fe, Jesús; el cual, por la dicha que le esperaba, sobrellevó la cruz, despreciando la ignominia, y está sentado a la derecha del trono de Dios. Mediten, pues en el que soportó tanta oposición de parte de los pecadores, y no se cansen ni pierdan el ánimo.

(Heb. 12, 1-3)